

*NECROLOGIA*

**DON ANTONIO GALLEGO BURIN**

**POR**

**EL MARQUES DE LOZOYA**





D. ANTONIO GALLEGO BURÍN.



**L**A muerte del que fué nuestro compañero el Excmo. Sr. D. Antonio Gallego Burín, Barón de San Calixto y Director General de Bellas Artes, es una gran pérdida para la cultura española, y esta desventura afecta particularmente a nuestra Corporación, que pierde uno de sus miembros más entusiastas y eficaces, rendido a la fatiga de una tarea que superaba su resistencia física, minada por una larga enfermedad, cuando su labor culminaba con el triunfo de la Exposición velazqueña. Esta Exposición, en la cual nuestro compañero puso el máximo empeño, nos permitió por vez primera contemplar la asamblea, en el más bello conjunto urbano de Madrid, de las obras capitales del máximo pintor de todos los tiempos. Hay en nuestro duelo no sólo el dolor como españoles ante una obra interrumpida cuando aún tanto cabía esperar de ella, sino en cada uno de nosotros el dolor entrañable de la pérdida del que fue nuestro amigo, modelo de cristianos y de caballeros, pervivencia de una época refinada de cultura que con dolor vemos esfumarse ante el materialismo brutal del momento que nos ha tocado vivir.

Imposible es comprender la dimensión humana de Antonio Gallego Burín sin adentrarse en el ambiente de su Granada, que le vio nacer el 20 de enero de 1895. Una serie de circunstancias históricas y geográficas han dado a la capital del reino nazarita una calidad de finura espiritual y de exquisitez aristocrática que la hacen señera entre las ciudades de la ancha España. Su aislamiento entre sus montañas la han obligado a bastarse a sí misma, y de aquí la originalidad de su cultura en la prosa fina y ágil de Pedro Antonio de Alarcón y Angel Ganivet, en la música

de Manuel de Falla, escrita en uno de sus cármenes; en las modalidades granadinas de la arquitectura morisca, renacentista o barroca, llenas siempre de gracia y de finura; en el arte de Alonso Cano y de sus secuaces, que a veces se quiebra de puro refinado, Antonio Gallego fue, ante todo y sobre todo, granadino, que es una manera de ser español de la más alta clase.

Aun cuando sus libros de erudición sean tan copiosos y tan sólidamente documentados, nuestro compañero fue, ante todo, poeta, y poeta enamorado que no sabía acercarse a las obras de arte con la fría objetividad del erudito, sino con un amor que le hacía más sensible para captar sus más íntimas bellezas. Soñador, tuvo la fortuna de ver realizados sus más caros sueños al contemplar en las noches de Granada, bajo la frágil arquitectura de los palacios nazaries o en los jardines del Generalife, los más viejos y los más bellos de Europa, los prodigios de la danza y de la música entre los juegos del agua y de la luz, en los festivales estivos de categoría universal. En la obra científica del Barón de San Calixto es sin duda lo más importante la serie de volúmenes consagrados a la escultura granadina. No se podrá escribir la historia de la imaginería polícroma española sin tener a la vista estos libros, que han definido y exaltado la personalidad de numerosos artistas, desvanecida en el mundo prolífico y confuso del último barroco hispánico.

Poco se sabía de la vida de José de Mora, en el cual se amplifican las virtudes y los defectos de Pedro de Mena, hasta que Gallego publicó su libro juvenil en 1925; y por sus monografías conocemos la personalidad de Pablo de Rojas, el maestro de Martínez Montañés; del contemporáneo del gran escultor de Alcalá la Real, Alonso de Mena y Escalante, de Ruiz del Peral, que arrastra hasta las postrimerías del siglo XVIII el patetismo y la finura de la escuela granadina de la anterior centuria. La hondura de sus conocimientos, sobre todo de lo granadino, expuesta en más de medio centenar de títulos, se condensa en dos obras de conjunto: *La Guía de Granada* (1938), que tiene la virtud de comunicar al viajero la pasión del escritor, y *El barroco granadino* (1956), una de las piezas

oratorias más densas y bellas que los muros de este recinto han escuchado.

Antonio Gallego Burín es entre los discípulos de D. Manuel Gómez Moreno el que ha continuado la más entrañable entre las múltiples orientaciones del Maestro: la exaltación del espíritu granadino.

Asombra el que un hombre cuya salud fue siempre muy precaria pudiese a esta copiosa obra escrita aunar una actuación política intensa y eficaz. Gallego Burín forma parte del escasísimo acervo de políticos españoles para los cuales la política no es instinto, sino cultura. Cultura militante que ha de luchar con el denso ambiente de incompreensión de los valores espirituales, que es, desgraciadamente, la tónica general de todas las clases sociales en España. Alcalde de su ciudad nativa, su gestión será siempre memorable, singularmente en el orden cultural, que nuestra Academia premió con la Medalla de Honor, concedida a las Corporaciones que más se han distinguido en la protección y estímulo del Arte.

Director General de Bellas Artes de 1951 hasta la reciente fecha de su muerte, fué un ejemplo singular de esta maravillosa aptitud de los provincianos en España para adentrarse rápidamente en ambientes de universalidad. Si su tarea de erudito está casi exclusivamente dedicada a Granada, su gestión de diez años en la Dirección General de Bellas Artes está consagrada a la exaltación de los valores universales de lo hispánico. Dos etapas memorables hay en esta gestión: la inolvidable Exposición conmemorativa de Carlos V en Toledo, evocación del único Imperio europeo-americano que conoció la Historia, y esta Exposición velazqueña que demuestra cómo un español abrió nuevos caminos a la pintura: Diego Velázquez, explorador tan atrevido como los que poco antes enseñaban a Europa las rutas de mundos nuevos. Los festivales de Granada, a que hemos aludido, son otra prueba de la vocación del catedrático granadino hacia amplísimos horizontes.

No fue incompatible esta vocación de Antonio con su constante atención hacia lo vernáculo, que se revela en logros como la restauración del Palacio del Emperador en la Alhambra y su habilitación como magnífico

Museo y la instalación en la Capilla Real del tesoro de tablas flamencas e italianas en que se complacía la mirada de Isabel la Católica.

Nuestro compañero Federico Sopena ha presentado en las columnas de *A B C* un magistral retrato del Barón de San Calixto, que quiero recordar aquí porque coincide exactamente con mi concepto sobre el que fue nuestro amigo. Nuestra amistad data de muy antiguo: del año de 1923, en que, recién ganadas mis oposiciones a cátedra, me fuí a descansar al palacio que mis parientes poseían en la calle de Puentejuelas. En el jardín del caserón colaboramos en fiestas inolvidables de poesía. Luego se mantuvo esa amistad sin altibajos, en constante colaboración. Y los recuerdos que prevalecen en mi memoria de su personalidad son sobre todo estos: su distinción innata y sin fallos y su posición elegante ante la vida. Ante la vida y ante la muerte, porque Sopena, que le asistió en el trance supremo, nos refiere cuanto hubo de serenidad, “de recogido pudor” y de bella palabra en sus postreros coloquios con los que amaba y con el Señor. Serenidad española ante la Muerte, que ponderó la elegía de Jorge Manrique y que el Greco fijó para siempre en el ademán elegante con que esperan el martirio los compañeros de San Mauricio, en el lienzo de El Escorial.